

PRÓLOGO

1 de agosto de 1914

Germantown, condado de Columbia. Nueva York.

Ray Donnelly clavó talones en los flancos del caballo y galopó colina abajo hasta los prados. Era el heredero de una tradición de granjeros que se remontaba a tres generaciones. A pesar de ello, cuando apenas era un muchacho, se negó a resignarse al destino que la vida le tenía guardado. Ayudaba a sus padres en la granja y no dudaba en arrimar el hombro con los animales o en los sembrados, si era necesario, a pesar de haber escogido otra manera de ganarse la vida. Hacía solo un año que había recibido el nombramiento de adjunto del *sheriff* del condado, en Germantown. Siempre quiso ser un hombre de los que defienden a los oprimidos, persiguen la injusticia y velan por que se cumpla la ley.

Cabalgó por el camino que surcaba los campos de mies hasta la casa. Le gustaba galopar. No en vano, se había criado encima de un caballo. Aquel era un verano muy caluroso, desde la salida del sol se oía el chicharreo de las cigarras. Donnelly había madrugado para realizar su ronda. Descabalgó al llegar al establo y abrevó al bayo que solía montar. En los barracones de al lado ya se oía el trajín de los peones contratados para la temporada de la siega. No faltaba mucho para que su madre saliera de la casa y avisara para el desayuno. Ese día comenzaban a cosechar el heno y la cebada.

Se alzó el ala del sombrero; a lo lejos, remontando la curva de la carretera, llegaba Tom en su jamelgo viejo, con los periódicos del día. Su padre estaba suscrito al *Chatham Courier*. Le gustaba mantenerse al corriente de cuanto sucedía en el condado, en el país y en el mundo.

El muchacho ya descabalgaba a las puertas de la casa cuando Ray Donnelly reparó en el automóvil que, todavía lejos, asomaba por el mismo camino.

—¡Guerra en Europa! ¡Guerra en Europa! —gritaba el chico. Traía el rostro color chocolate congestionado.

Ray vio a su padre asomar por la puerta en el momento en que este subía en dos saltos los escalones del porche.

—¿Aún no has ahorrado lo suficiente para comprarte esa bicicleta, Tom?

El muchacho soñaba con una de esas con cuadro diamante y ruedas de cámara de aire de Dunlop. El día que consiguiera reunir los cincuenta dólares que costaba el vehículo soñado, repartiría los periódicos más rápido. Y como ventaja añadida, a la bicicleta no tendría que alimentarla, solía decir. Pero esa mañana el chico no respondió con su broma habitual; traía información más importante que el estado de sus ahorros.

—¡Señor Donnelly! Alemania ha declarado la guerra a Rusia.

—Trae ese periódico y déjame ver —pidió con gesto de preocupación.

Ray observaba la charla desde la puerta del establo sin prestar demasiada atención. A pesar de lo alarmante de la noticia, retornó la mirada a la carretera. Un sexto sentido le hacía anticiparse al peligro, esa virtud suponía su mayor arma desde que portaba la estrella de plata prendida en la camisa. Y, o mucho se equivocaba su instinto, o el enorme Cadillac con la capota bajada que ya levantaba polvareda ante la explanada traía peores novedades que la portada de la gaceta local. Lo supo en cuanto distinguió a cuatro hombres y dos mujeres cuyos rostros le resultaban familiares. En concreto, una de las pasajeras del asiento de atrás. Hacía meses que no sabía de Belle Smith. Tanto que parecía una eternidad. Durante un viaje a Nueva York, asistió a una función de vodevil y se lio con una de las coristas. Aunque intenso y desbordante de pasión, el idilio no llegó a durar ni tres semanas. ¿Qué hacía Belle allí, después de tantos meses? A la pregunta de cómo había logrado encontrarlo se respondió al recordar que él mismo le había hablado de su hogar en Germantown.

Atraídos por la noticia que el repartidor acababa de vocear, los peones salieron del barracón y fueron directos a la casa.

—¿Ha oído, patrón? En Europa ha estallado la guerra —comentó uno de los muchachos al pasar junto a Ray.

Él no respondió. Tenía la vista fija en la batalla que se acercaba, una que le correspondía pelear sin ayuda de nadie. El cuerpo se le puso rígido al verla bajar del coche; la otra mujer y los tres hombres que acompañaban a Belle no lo hicieron. La bailarina más escultural de los teatros de Broadway se acercaba hacia él con paso firme. Llevaba una canastilla colgada del codo y, sujeto en los brazos, algo envuelto en una mantilla blanca.

—Hola, Ray. Menos mal que te encuentro.

—Belle, ¿qué has venido a hacer aquí?

La respuesta la depositó en sus brazos, sin darle tiempo a reaccionar.

—Aquí tienes, es tu hijo. Yo me marcho a Nueva Orleans, nos han contratado para una gira de varios meses y no puedo llevarme al niño conmigo.

Ray se quedó sin habla. El vello de los antebrazos se le erizó al contemplar aquella carita rolliza y la pelusa oscura que resaltaba sobre el blanco de la toquilla. Con la cara desencajada, escrutó los ojos de la mujer. Belle Smith tenía una melena corta marcada con ondas al agua y fijador, tan negra y brillante como el cabello del niño.

—Pero, ¿te has vuelto loca? Hace un año que nos perdimos la pista y ahora te presentas por las buenas con un bebé. ¿Y pretendes que crea que es mío?

—Es tuyo —zanjó con ojos de fiera—. Tuyo y mío. Yo no quería ser madre, como puedes imaginar, pero sucedió.

—¿Cuándo?

—Tiene tres meses. Haz cuentas.

Y Ray Donnelly las hizo, claro que las hizo. Encajaba con la época en que no salían de la cama, salvo cuando la llevaba al teatro o a bailar hasta caer rendidos en los clubes de moda de la gran ciudad.

—Me ha costado destetar a este tragoncete —dijo tocándose ambos pechos con una mueca dolorida—. Pero así no te dará problemas. Ya toma cualquier leche, de vaca y de cabra. Ahí en la cesta tienes una tetina y un biberón —informó, depositando el canasto en el suelo—. Lo siento, Ray, pero no puedo llevarlo conmigo. Ahora te toca a ti cuidar de él, hasta que yo regrese.

La chica besó la cabecita del bebé.

—Adiós, pequeñín. No te olvides de mamá —musitó.

Sin pensárselo más, regresó al coche con un vaivén de caderas pleno de energía.

—¡Belle!

—Por cierto, le puse Oliver. ¿Te gusta? —dijo cuando ya había cerrado la portezuela.

Ray continuó llamándola a gritos, se acercó hasta el auto con el chiquillo en brazos pero el vehículo ya giraba en redondo antes de acelerar.

—¡Belle, maldita sea! —gritó, pero no obtuvo respuesta. Desde lejos y sin girarse siquiera, la belleza morena agitó la mano brazo en alto para decirle adiós.

El Cadillac se alejaba sin remedio. Ray Donnelly bajó los ojos hacia la criatura que tenía apoyada en el pecho. El pequeño hizo un puchero y comenzó a llorar.

Su hijo.

Era padre y ese bulto llorón era hijo suyo, sangre de su sangre. Levantó la vista hacia el camino, el auto era una mancha negra que se perdía en la lejanía. Se arrancó el sombrero y lo lanzó al suelo con rabia.

—¡Belle! —bramó, aunque ya no podía oírlo—. ¿Qué voy a hacer yo con un bebé?

CAPÍTULO 1

Nueva York, abril de 1921

Helen McKerrigan se sentía feliz. Los bebés de su hermana pequeña pronto vendrían al mundo. En una semana, día arriba o abajo, según había predicho el doctor Simons, el médico que había vigilado a Laura durante todo el embarazo y que, ya durante el quinto mes, advirtió a la ilusionada pareja que escuchaba el latido de dos corazoncitos. En definitiva, que el niño tan deseado no era uno sino dos. Kenneth, el futuro padre, no se sorprendió, dado que en su familia no era el primer parto doble. Sus hermanas Lizzy y Kate eran gemelas. Eso sí, se acobardó bastante. Laura, en cambio, esperaba ilusionada la llegada de lo que ella llamaba su doble alegría. Y hacía cábalas, quizá fueran dos niñas, o dos hombrécitos o tal vez uno de cada.

Como las McKerrigan habían perdido a su madre hacía unos años, Helen, que era la mayor, asumió la responsabilidad de acompañar a Laura durante el parto y su posterior convalecencia. En cuanto Laura telefoneó a Boston para informar a la familia la valoración del doctor Simons, Helen se subió al primer tren con destino a Nueva York. Hacía dos días que había llegado a la ciudad y se alojaba en casa de Kenneth y Laura, dedicada a preparar junto a esta el ajuar de los bebés.

Ese día habían almorzado juntas en el Dream, el hotel que el padre de ambas poseía en Nueva York. Desde que enviudó, Helen trabajaba en el negocio de la familia que, desde Boston, dirigía media docena de hoteles en las ciudades más importantes de la costa este. Laura, en cambio, era la maestra repostera del hotel Taormina, propiedad de los Taviani. Laura llegó un año atrás a aquel elegante y acogedor establecimiento, llevada por su pasión por la alta repostería. En él conoció a Kenneth, codirector del hotel, y allí se quedó por amor.

El Taormina había crecido como empresa en los últimos meses. Kenneth Callahan y Phillip Taviani, amigos y socios —y hermanos de corazón— se habían embarcado en un ambicioso proyecto de ampliación del negocio. El edificio anexo de *suites* de alquiler estaba culminado, la obra se había construido desde la planta baja a la azotea a razón de una altura por mes. Los operarios se afanaban con el acondicionamiento del interior. Phillip y Kenneth tenían previsto inaugurar-lo en enero de 1922. Las expectativas eran muy halagüeñas, no en vano, ya contaban con varias *suites* alquiladas aún con el edificio todavía pendiente de acabar.

Y en el viejo hotel Taormina, que seguía siendo el alma de la empresa, también se habían acometido algunas reformas. Laura prefería trabajar con luz y claridad. Como el obrador de los dulces estaba situado en el semisótano, junto a la cocina y los almacenes, y por tanto era el lugar más sombrío del edificio, ella había pedido que lo alicataran hasta media altura con azulejos blancos. Cambiaron los antiguos bancos de granito por otros de mármol y modificaron la distribución del mobiliario, siguiendo sus consejos y los de Richard, su ayudante y primer oficial.

Después del almuerzo y antes de regresar a la casa que Kenneth poseía en la zona alta de Manhattan y que, desde la boda en septiembre del año anterior, se había convertido en el hogar del matrimonio, Laura quiso enseñar a su hermana el nuevo aspecto del obrador. Se sentía orgullosa de lo pulcro que lucía con los cambios realizados.

Helen habría preferido pedir que uno de los chóferes del Taormina las acercara a casa después de almorzar. Pero Laura había insistido con tanta ilusión que no quiso contrariarla. No parecía haber perdido ni un ápice de su natural dinamismo, pero Helen no era ciega y la veía caminar cada día menos ágil con aquella enorme panza. Su hermanita pequeña parecía olvidar que no portaba un bebé, sino una parejita.

—¿Estás segura de que no quieres tumbarte en un sillón con los pies en alto?

—No seas exagerada. ¿Que no me ves? Estoy igual que siempre, pero más redonda —dijo sonriente y feliz.

Helen tentada estuvo de preguntarle cuánto tiempo hacía que no se miraba en un espejo. Aunque aseguraba encontrarse mejor que nunca, a ella no le parecía prudente que no guardara reposo estando el embarazo tan avanzado. Además, esa mañana se había levantado más pálida y la había visto contraer el rostro con un rictus de dolor en dos ocasiones. Laura le había restado importancia diciendo que el doctor ya le había advertido que sentir punzadas en las últimas semanas de gestación era de lo más normal. A pesar de sus temores, acompañó a Laura por el pasillo y se alegró de haberlo hecho cuando esta empujó las puertas batientes del santuario donde elaboraba las delicias dulces más exquisitas del sur de Manhattan.

—Tenías razón, el obrador ha quedado magnífico.

—¿Verdad que sí?

Laura le fue explicando la reforma con la ilusión de una chiquilla con sus primeros zapatitos de tacón. Helen la siguió hasta un artefacto parecido a un ventilador.

—Es nuevo. Lo hemos comprado para enfriar el chocolate. Huy...

—¿Estás bien? —preguntó alarmada, al verla sujetarse la barriga.

—¡Ohhh!

El segundo quejido fue sofocado por un sonido como si acabaran de derramar un cubo de agua. Las dos miraron al suelo y Helen palideció. Laura tenía las medias húmedas y sus zapatos se veían mojados en medio de un charco.

—Creo que acabo de romper aguas.

—¡Te lo dije! ¡Te advertí que pasearte por ahí era una temeridad! Pero, claro, ¡como nunca me haces caso!

Helen no sabía si soltar a Laura que se apoyaba en ella, pero tenía que ir hasta el otro lado del obrador a por una silla.

—Espera un segundo, no te caerás, ¿verdad?

Las puertas batientes se abrieron y entró Richard, con un cesto de huevos en las manos.

—No sabía que habías venido —comentó y al ver el charco del suelo los huevos no le cayeron de las manos de milagro—. ¡Madre mía! ¿No irás a tener aquí los bebés? —dijo espantado.

—¡Ay!

Helen vio que Laura se encorvaba hacia adelante, sujetándose la barriga. Lanzó el bolso que llevaba en la mano de mala manera, corrió a por la silla y se apresuró a ayudarla a sentarse mientras rogaba a Richard que fuera a pedir que avisaran al médico y a Kenneth.

—El doctor no es preciso que venga, quedamos en que me asistiría una matrona.

—¿Y dónde encontramos a esa matrona? ¿Cómo se llama? ¿Sabes dónde vive?

—Tranquilízate, Helen, por favor.

—¡No me pidas que esté tranquila! —exclamó a un paso de la histeria.

O bien fue Richard, que de camino avisó en las cocinas de lo ocurrido, o bien los cocineros escucharon gritar a Helen. La cuestión fue que empezaron a entrar pinches en el obrador de los dulces. Se oyó el vozarrón del chef, pidiendo a sus ayudantes que dejaran de farolear puesto que la *maitresse* Callahan podía sentir pudor al verse rodeada de hombres en semejante situación. Y es que, como en cualquier cocina de postín, las mujeres no eran bien vistas ni como friegaplatos. Laura era una avanzada, la única mujer en un feudo masculino por tradición. Casualmente, la pionera de la alta repostería estaba a punto de parir.

Harold Greystone, el famoso chef del hotel Taormina, se acercó a ver qué sucedía y comprobar si era cierta la noticia que corría por la cocina. No tuvo tiempo de preguntar, porque apenas echó un vistazo a los pies de Laura, el imponente nativo de la nación Mohawk y padre de cinco hijos, cayó a desmayado cuan largo era. Helen gritó del susto, se agachó a ver

si el pobre se había lastimado del golpetazo y la cocina volvió a llenarse de pinches que se alarmaron al oír el chillido.

Como Laura no hacía más que gemir cuando no estaba resoplando, Helen rogó a uno de los cocineros que buscaran a Richard a ver si había resuelto algo o que corrieran directamente a buscar a otro doctor. A pesar de lo dicho por su hermana, prefería la presencia de un profesional de la Medicina y además, si así lo decidía, un médico sabría donde encontrar una comadrona.

—Helen... ¡Helen! —la llamó Laura—. Mira detrás de ti. En la pared.

Como el chef se acababa de incorporar y, por sus propios medios, se había sentado apoyando la espalda en un mueble con tal de recuperarse del mareo, Helen hizo lo que Laura le pedía y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué no me habías dicho que aquí hay un teléfono? Dime, ¿adónde llamo? ¿A un hospital?

El grito agónico que dio Laura hizo que se le cayera el aular de la mano. Helen corrió a su lado.

—¡Dime qué hacemos!

Su hermana tardó en recobrase. No habló hasta que cesó el dolor.

—Los bebés tienen que nacer en casa, como todos los niños.

—Maldición, Laura —murmuró el jefe Greystone—. ¿Cómo se te ocurre venir a parir a mi cocina?

—Silencio, caballero —exigió Helen, y miró a su hermana a la espera de instrucciones porque no se había visto en su vida en una como aquella y desconocía todo lo tocante a partos y bebés.

—Las contracciones aún van muy lentas —explicó; Helen se pasmó al verla tan tranquila—. Me dijo el doctor que pueden pasar horas hasta que empiece a sentir las muy seguidas.

—Voy a pedir un coche y ahora mismo nos vamos a casa.

—Quiero que venga Kenneth.

Helen se negó en redondo. Ya sabía que no se encontraba

en el hotel, sino controlando los avances del edificio nuevo y en la obra no había teléfonos.

—Ahora no pienso ir a buscarlo, ya vendrá cuando pueda.

La puerta del obrador volvió a abrirse. El golpeteo de un bastón de ciego contra el suelo de linóleo anunció que era Phillip Taviani, dueño del hotel, quien acababa de llegar. Y no lo hizo solo, con él llegó Satur, un muchacho de ascendencia española que empezó como friegaplatos y tras pasar a ayudante de cocina, había ascendido a hombre de confianza de Phillip.

—¡Ay, Laurita, que los chavalillos han decidido salir antes de tiempo!

—Satur... —lo saludó tendiéndole la mano.

El joven no se había ganado el ascenso por casualidad y lo demostró entonces, porque fue el único de cuantos habían pasado por allí que tuvo el acierto de agarrar una fregona y secar el suelo. Como detalle hacia el pudor de Laura y en previsión de que Phillip, invidente, no diera un resbalón y acabara con un hueso roto.

—¿Alguien puede contarme qué está pasando aquí? —preguntó Phillip—. Laura, ¿es verdad eso que dicen que te has puesto de parto o están exagerando?

—¡Ay!

—Entonces es verdad, rayos —farfulló frunciendo el ceño.

—¿Otra contracción? —preguntó Helen.

—¡Sí! Quiero que venga Kenneth —lloriqueó.

—Me han dicho que Greystone se ha desmayado —comentó el dueño.

—Ni una palabra, Phillip —avisó este malhumorado.

—Ah, pero aún estás ahí.

El chef aprovechó para ponerse de pie y marcharse cuanto antes a pedir un médico, médica, partera o a quien fuera menester, puesto que traer niños al mundo era cosa de mujeres y de nula ayuda podía servir.

—Será posible un tipo tan grande y con sangre de guerreros indios... —dijo Phillip cuando oyó el ruido de las puertas

e intuyó que había salido ya del obrador—. Está bien, alguien tiene que mantener la sensatez —opinó, tomando el mando de la situación—. Marchena, pide que vaya alguien a la obra y que avise a Kenneth. Pero sin alarmarlo, no vaya a ser que con las prisas se caiga de un andamio y tengamos el mismo día bautizo y funeral.

—¡Phillip! —lo amonestó Helen, cogiendo la mano de su hermana.

—¡No digas eso! —barbotó Laura antes de volver a apretar los dientes por culpa de una nueva contracción.

Phillip situó a Laura por la voz. Tanteó el respaldo de la silla y se acuclilló frente a ella.

—Calma, señoras, que he sido padre hace un mes. Así que experiencia tengo. A ver... —dijo cogiendo el bajo del vestido.

Laura lo obligó a soltarle la ropa a base de manotazos.

—No te ofendas, pero no eres la persona más indicada para *ver*.

Phillip resopló. Estaba acostumbrado a expresarse con normalidad, aunque era ciego.

—Es una manera de hablar, encanto. Déjame —insistió cogiendo de nuevo el vestido por el dobladillo.

Laura le agarró la muñeca con una fuerza inusitada.

—Phillip Taviani, mete la mano ahí abajo y será lo último que hagas.

La soltó de golpe, sobrecogido ante aquella voz cavernosa. Se preguntó qué les sucedía a las mujeres a punto de traer niños al mundo. La dulce Laura se había transformado en una hidra. Carraspeó y se puso de pie.

—Helen, acabo de despistarme. Hazme el favor, dime dónde queda el teléfono que acaban de instalar.

Ella lo tomó del antebrazo y lo acompañó hasta el aparato.

—¿Qué hace el auricular colgando? —preguntó; se lo llevó al oído y golpeteó la horquilla varias veces para ver si había línea.

A la palpa, encontró el disco de marcado automático y lo hizo girar desde el cero una sola vez.

—Hay que acudir a alguien entendido. Una mujer, preferiblemente.

—No estés tan seguro. Yo misma no sé qué se hace en estos casos —alego Helen.

Phillip continuó enumerando con los dedos como si no la oyera.

—Mi abuela hoy almorzaba con Flora y Ofelia en Little Italy. Loreta debe andar por el salón de belleza —recordó; pero descartó mentalmente a la peluquera del hotel y madrastra de Kenneth porque no había tenido hijos—. Stella está arriba, sola con nuestra Angélica...

Sí, su esposa era muy amiga de Laura pero, además de ocuparse de la recién nacida en el apartamento de la última planta que era su hogar, no es que fuera una entendida en partos complicados, como cuando los niños se presentan a pares. El hotel estaba lleno de mujeres, las camareras de piso, la gobernanta..., pero llamarlas para que se llenara el obrador de féminas, cada una cacareando una opinión distinta, no era sensato. Solo le vino a la cabeza una mujer a la que recurrir y que aunque residía en Boston, casualmente estaba en Nueva York.

—No conozco a nadie más idóneo que la pequeña Annette —comentó mientras aguardaba a que respondieran desde la recepción del hotel—. Es enfermera graduada y trabajó en un hospital hasta que se casó. Además, está esperando un bebé.

—Sí, es verdad —comentó Helen.

La esposa de su primo Greg, e hija del chef Greystone, vivía desde hacía un año en Boston. Después de casarse, se instalaron en el hogar de la familia McKerrigan. Y esperaba un niño también. Por eso había aprovechado para visitar a sus padres y hermanos antes de encontrarse más pesada, cuando fuera ganando peso y aumentara el tamaño de su barriga.

—1920 fue el año de las bodas y 1921 el de los bebés —comentó Laura, feliz.

—Como debe ser —opinó Phillip, orgulloso y flamante padre de una niñita que ya había cumplido un mes—. Laura, como no sé si es prudente montarte en un coche, mejor no

corramos riesgos. Solo faltaría que dieras a luz por el camino. Annette nos dirá qué debemos hacer.

Pidió a los recepcionistas que le pasaran línea con la casa de los Greystone, en la calle Cincuenta y seis, y que rogaran que se pusiera al aparato la señora Annette McKerrigan.

—Menos mal, una idea sensata después de tanto alboroto —dijo Helen más tranquila, al ver a Laura momentáneamente repuesta.

—Alguien tiene que mantener la calma en medio del caos, querida Helen —dijo Phillip mientras esperaba—. Un hombre como debe ser, que no esté hecho de mantequilla ni se eche a temblar como una niña, que sepa dar órdenes, organizar, que no pierda los nervios ante algo tan natural como la llegada al mundo de... —se interrumpió al oír una voz femenina al otro lado de la línea—. ¿Annette? ¡Socorro!

* * *

Helen salió exultante del hotel Dream.

Tía Helen... ¡Tía Helen! —murmuró mirando al cielo.

Caminó por la calle Cincuenta y cinco hacia el este pensando en las muchas veces que, a partir de entonces, escucharía ese nuevo apelativo. Faltaba mucho para que los gemelitos hablaran, ¡si solo tenían un día de vida! Pero ya se emocionaba al escuchar ese flamante «tía» acompañando su nombre. Incluso cuando, como hacía un segundo, era ella misma quien lo decía.

Los pequeñines vinieron al mundo sin dar problemas. El parto fue rápido, tanto que sorprendió a la comadrona. Parecía que tenían muchas ganas de nacer, ya que no dio tiempo a trasladar a Laura a casa para que los alumbrara en su cama, como era lo normal. Y gracias a esas prisas, Robert y Marcus Callahan eran la tercera generación de varones de la familia McKerrigan en nacer en un hotel, como su abuelo y su tío Greg. Apenas dio tiempo a montar a Laura en el ascensor y subirla a una de las habitaciones del Taormina cuando el primero de ellos ya asomaba la coronilla.

Y Laura cumplió con la tradición, al poner el nombre del abuelo a sus primogénitos. Marcus, como el materno, y Robert, como el padre de Kenneth. Uno por cada rama familiar, hasta en eso habían sido perfectos los niñitos Callahan.

Aminoró el paso antes de cruzar la Séptima Avenida para dejar pasar a un coche Bougham con tiro de un solo caballo, ocupado por un par de elegantes señoras de cierta edad. Helen supuso que mantenían el hábito del paseo a media mañana por Central Park. Una costumbre anticuada en la era del motor de la que ella se alegró. El chacoloteo de las herraduras de los caballos contra los adoquines era un sonido que transmitía calma, entre tanto ruido y bocinazos.

A Helen le gustaba Nueva York, pero de una manera distinta a la época en que su padre compró el hotel Dream. Entonces ella era una jovencita con ganas de conocer mundo, Boston ya lo tenía muy visto y esperaba con ilusión aquellos viajes a Manhattan. Por aquellos días, paseaba fascinada por sus calles, le gustaba chocar con las personas que siempre iban con prisas, comprar un perrito caliente en un puesto callejero y dedicarse a contemplar los escaparates plantada en la acera. Con su esposo Benjamin pisó Nueva York solo una vez y para ir a los teatros de Broadway, él no compartía su fascinación por aquella ciudad. Después de la guerra, Helen se aficionó de nuevo a visitarla cada cierto tiempo. En aquellos años era la noche la que le gustaba, las calles llenas de luces, las fiestas, la música, las veladas en los clubes de baile. Laura a menudo la acompañaba, deseosa de volar del nido durante aquellas efímeras escapadas de hermanas. Los seis años de diferencia entre ellas ya no se notaban, al contrario que cuando Helen era una joven en edad de presumir y Laura aún llevaba trenzas y calcetines. Fue una época divertida y emocionante, con aventuras locas que el padre de ambas ni sospechaba, en las que eran las chicas más elegantes de los clubes de baile de Long Island y el alto Manhattan. Qué lejos parecían esos meses, siendo que apenas había transcurrido un año. Las dos habían cambiado, Laura había alcanzado su sueño profesional y acababa de convertirse

en feliz mamá. Y ella misma había acabado por aburrirse. Las fiestas, como todo en la vida, de tarde en tarde se hacen de-sear, pero cuando se convierten en una rutina, cansan.

A veces tenía la sensación de que todos menos ella habían aprendido a disfrutar de la vida. Su padre recuperó la ilusión del amor al encontrar a Lydia tras la viudez, Greg también se había casado; después de un lustro buscándose a sí mismo, gracias a la cual alcanzó prestigio y futuro como inversor en la banca Morgan, había dejado Wall Street y descubierto que el camino hacia la felicidad lo llevaba de vuelta a su Boston natal con Annette cogida de la mano. Helen veía que las tres personas que más quería gozaban de una existencia plena. Ella, en cambio, era razonablemente feliz. Solo eso.

Pero el sol lucía magnífico, era pecado no estar contenta en un día como aquel. No iba a permitir que sus cuitas más íntimas empañaran la dicha del nacimiento de sus dos primeros sobrinos. Alzó la vista al cielo y contempló las azoteas de los nuevos rascacielos, algunos daba la sensación que incrustaban en las nubes la aguja de remate del tejado. Desde allí abajo, a ojos de Helen semejaban copos de algodón de azúcar. Clavadas en el palito, como el que vendían en el parque de atracciones de Connie Island.

A pesar de haber perdido interés por la vida nocturna, Nueva York nunca dejaría de gustarle. Sus calles eran una sorpresa continua. Cada orilla de Manhattan, ofrecía una panorámica distinta. Y sus parques, en medio de tanta vorá-gine, se convertían en adorables remansos de paz. Esa fasci-nación no impedía que adorara su ciudad, ella había nacido en Boston y la llevaba en el corazón. Pero de vez en cuando, una escapadita no le venía mal.

Al llegar a la Quinta Avenida, se detuvo en el borde de la acera. Dedujo que los autos que venían por la Cincuenta y siete permanecían parados, como soldados en una forma-ción, acatando la orden del innovador ingenio que obligaba a pisar el freno ante una luz roja y a apretar el acelerador ante la verde. Helen se preguntó por qué no al revés. Y la luz

amarilla, ¿para qué la habían puesto? ¿Para despistar? Aquel trasto feísimo, que recordaba a esas torres modernas de madera con las que extraían petróleo de la tierra, llevaba medio año en fase de pruebas. No debía ser muy efectivo cuando no habían instalado más en otras avenidas. Ojalá las autoridades lo juzgaran inútil, porque semejante armatoste en medio del cruce tapaba la bella mansión de los Astor. Y a los que venían desde el parque, les estropeaba la vista de la catedral. Cierto era que desde que el señor Ford puso en marcha la cadena de montaje en su factoría de Detroit, cada día se veían por las calles más automóviles del popular modelo Tin Lizzy como el que conducía Greg. Pero tampoco era para asustarse. En su opinión, el artilugio de las luces de colores no tenía futuro. Ya podían desmontarlo, que no hacía ninguna falta. Bastaba con hacer sonar la bocina. Y gritar «¡Eh, tenga cuidado!» siempre había funcionado de maravilla.

Cuando, obedientes, pararon los coches de la Quinta, cruzó y siguió camino hasta la catedral de San Patricio. La última vez que estuvo allí fue para asistir a la boda de Laura y Kenneth. Miró el reloj en la fachada de una farmacia, su padre no tardaría en llegar. Hacía un rato había dejado todo arreglado en el Dream para que le prepararan la habitación que él y su nueva esposa solían ocupar en sus visitas a Nueva York. En cuanto le telefoneó para decirle que ya era abuelo, se puso en camino para conocer a sus nietecitos gemelos, exultante de alegría.

Helen entró en los almacenes Saks. Quería que el primer regalo que recibieran Marcus y Robert fuera un recuerdo de su tía. Al llegar a la zona donde se exhibían los juguetes, deseó volver a tener ocho años para escribir la carta a Santa Claus. Aquello era el paraíso de la ilusión, el sueño de cualquier niño. Vio cochecitos de hojalata, aros para hacerlos rodar por las aceras, muñecas grandes y pequeñas con primorosos vestidos, carritos de madera con una cuerda para arrastrarlos por los pasillos. Levantó la tapa de un pupitre en miniatura pintado con alegres colores; junto al tintero de

mentira tenía un telefonito de candelero en brillante baquelita negra. Entre tantas cositas graciosas se sentía perdida, habría deseado llevárselas todas a los bebés. No sabía qué escoger para ellos, ¡si apenas abrían los ojos! Aquello era peor que escoger unos zapatos cuando la dependienta te enseñaba diez modelos distintos y todos bonitos.

Sobre uno de los mostradores, descubrió un juguete que le llamó la atención. Parecía un carrusel y, con el movimiento, las siluetas dibujadas daban la impresión de correr. Una empleada le explicó que se trataba de una lámpara. Cuando encendió la luz para probarla, Helen se enamoró de ella. Las figuritas de animales se reflejaban en su vestido, en el de la dependienta, en los estantes y en las paredes. Tenía un mecanismo de cuerda que lo hacía girar, creando una fantasía de conejitos, osos y peces de colores que se movían por la pared al compás de una melodía de campanillas, idéntica a la que sonaba al abrir la tapa de algunos joyeros.

—Envuélvame la, por favor, que me la llevo.

Sus sobrinitos eran muy pequeños, pero estaba segura que en un par de meses, se quedarían con la boquita abierta contemplando aquellos animalitos danzar en el aire al ritmo de la musiquilla.

Salió a la calle muy contenta, con su bolsa de papel de estraza con el logotipo de Saks en la mano. Tenía intención de volver a casa de su hermana para hacerle compañía, puesto que debía reposar la consabida cuarentena. Aunque contaba con una asistente todo el día, con dos niños nunca sobraban brazos y Kenneth no regresaba del trabajo hasta bien entrada la tarde. Antes de tomar un taxi, decidió sentarse un rato y tomar un refresco. Tenía sed, después de una hora caminando. Divisó un *deli* al final de la manzana. Justo en la esquina vio un kiosco de prensa y le entraron ganas de ojear una revista para ver las novedades que marcaba la moda para la nueva temporada verano.

Con el último número de *Vogue* en la mano, entró en el *deli* y se acomodó en un taburete frente a la barra. Cuando

estaba allí, le agradaba esa costumbre tan neoyorquina. En Boston solía frecuentar un salón de té, nunca lugares tan populares y ruidosos como aquel. Leyó los carteles de la pared y después de debatirse entre fresa y chocolate, acabó pidiendo un batido de vainilla. Acomodó su bolsito sobre el regazo, era lo más seguro. Pero decidió dejar a sus pies la gran bolsa con la lamparita infantil y tener así espacio en el mostrador para leer la revista. Se inclinó para depositarla con cuidado en el suelo y se dijo que ya era casualidad que otro cliente de Sacks hubiera tenido la misma idea. Por la bolsa idéntica que había junto a la suya, supo que el ocupante del taburete contiguo también había estado de compras.

Lo miró con disimulo al incorporarse, un hombre más bajito que ella. No se había quitado el sombrero marrón, que desentonaba con su traje gris. Pensó que debía ser algo vanidoso, a pesar de tener poco gusto para vestir; y bastante simple si creía que así aparentaba más altura.

Bebió su batido con ganas, casi hasta la mitad. Se relamió el labio superior como una niña golosa y abrió la revista. En los ecos de sociedad contempló la fotografía de una pareja, él y ella pertenecientes a familias de la élite. Se acababa de prometer. Distraída estaba, fijándose en los detalles del vestido que lucía la chica, cuando recibió un empujón del hombre del sombrero.

—Disculpe —farfulló.

Helen vio que se marchaba sin más, como si solo la hubiera rozado. Y aquel pedazo de bruto casi la había tirado del taburete al bajar del suyo. Miró al suelo, cogió la bolsa por las asas y dejó la lamparita sobre la banqueta que acababa de quedar vacía, para asegurarse de no dejarla olvidada. Dio otro sorbo a su delicioso batido de vainilla y continuó leyendo los cotilleos que traía *Vogue*.

* * *

—Acabo de pasar por la cocina. La cena ya casi está —anunció Helen, entrando en la habitación matrimonial.

Traía el regalo para los pequeños en la mano pero al ver la escena que tenía delante, lo dejó sobre una butaca y se acercó a la cama. Laura estaba incorporada, con la espalda apoyada sobre varias almohadas y tenía a uno de sus hijitos en brazos. Kenneth se había sentado en la cama, junto a ella y portaba al otro bebé. Desde el piso de abajo, Helen no los había oído llorar. Intuyó que, como típicos padres primerizos, corrieron a sacarlos del moisés al primer gimoteo.

—Cuánto me gustaría bajar a cenar con vosotros —comentó Laura, aburrida de no ver otro panorama que aquellas cuatro paredes.

—Solo hace un día que diste a luz, cariño —le recordó Kenneth—. Y espero que no te levantes de la cama cuando yo no estoy en casa.

—Puedes estar tranquilo que ya la vigilo yo —aseguró Helen, ganándose con ello una mueca de su hermana—. Luego te subiré la bandeja con la cena.

—Salchichas con salsa de tomate y patatas.

—¿Chips? —preguntó Laura, contenta.

—Sí —confirmó, con un guiño.

Había pedido a la asistenta que las preparase bien crujientes porque sabía que a Laura le encantaban las patatas fritas al estilo Saratoga.

—Es una suerte tenerte aquí, Helen. Ya sabes cómo te lo agradecemos —dijo Kenneth.

Loreta, su madrastra, había prometido estar ahí la misma noche del alumbramiento, para conocer a sus primeros nietos. Pero tenía que cumplir con su trabajo en la peluquería del Taormina. La primera visita y única, esa tarde, había sido la de la señora Taviani y sus amigas, cargadas con un tarro grandísimo de consomé de gallina casero para que Laura se repusiera del esfuerzo del parto. Pero ante la ausencia de su propia madre, que residía en Filadelfia y hasta el mes siguiente no podía viajar a Nueva York e instalarse con ellos hasta que Laura estuviera recuperada del todo, la ayuda de Helen quedándose allí hasta entonces era una bendición.

—Para mí es un premio estar con mis sobrinos todo el día —dijo, sonriendo con ternura—. ¡Casi lo había olvidado! Mañana o pasado empezarán a venir las visitas y, antes de que nadie se me adelante, he querido ser la primera en hacerles un regalo a los niños.

—Pero si solo tienen un día, Helen —rio Laura.

—Ya crecerán.

Fue hasta la butaca y cogió la bolsa de los almacenes Saks. Arrimó una silla a la cama y se sentó, estaba ilusionada porque, aunque los niños no lo apreciaran todavía, estaba segura de que a sus padres iba a encantarles el regalo tan original que había escogido.

Sacó la lámpara de la bolsa y dejó el paquete sobre la colcha de cretona. Al hacerlo con una sola mano, le costó un poco de esfuerzo. No le pareció que la caja pesara tanto cuando la compró.

—Robert y Marcus te están muy agradecidos, tía Helen —dijo Kenneth.

—Como ellos son tan chiquitines, que lo destape papá en su lugar —dijo Laura.

Kenneth le tendió al pequeño Marcus a Helen para que lo cogiera en brazos y ella lo hizo encantada. Acercó los labios a la pelusilla rubia de su cabecita y aspiró el tierno aroma mientras su cuñado desenvolvía la caja. Un detalle le extrañó, estaba segura de que la dependienta había adornado el paquete con un lazo... Kenneth la abrió de modo que la parte superior del cartón le tapaba la visión de la lamparita. Pero Laura sí podía verla. Helen miró con disimulo a su hermana, deseando ver su alegría. Pero no era esa la expresión que mostraba. Ni Kenneth.

—¿Os gusta? ¿Verdad que es original?

—Dios mío —murmuró Laura.

La palabra que siseó su marido fue menos santa y más barriobajera.

Helen no entendía nada, no era posible que la dependienta se hubiera equivocado de juguete porque lo empaquetó delante de ella.

Kenneth alzó la vista de la caja y, dándole la vuelta para mostrarle su contenido, la miró sin entender nada.

—Helen, ¿qué significa esto?

No pudo responder. Con su sobrinito en brazos, se había quedado muda de asombro al ver la caja llena de fajos de billetes de diez dólares.